La Oración Perseverante por la Ordenación de la Inmigración: Una Esperanza en Dios

La oración es el primer acto del alma que busca la justicia de Dios. Como enseña Santo Tomás de Aquino en la *Summa Theologiae* (II-II, q. 83), orar es "proprium rationis", es decir, un acto propio de la criatura racional que se dirige a Dios para recibir lo que por sí misma no puede alcanzar. Por eso, cuando el orden social y espiritual se ve amenazado o desbordado, la primera respuesta del cristiano no es el temor ni la reacción impulsiva, sino **la súplica humilde, constante y confiada a Dios**.

En el caso concreto de la inmigración musulmana en España —fenómeno complejo que toca el tejido cultural, espiritual y político del país—, es esencial que los fieles invoquen al Señor para que **se dé una ordenación justa, prudente y conforme al bien común**, sin odio ni indiferencia, pero tampoco con ingenuidad o pasividad. La Iglesia nunca ha negado el derecho de los países a proteger sus fronteras, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 2241), que afirma que los gobiernos pueden regular la inmigración "teniendo en cuenta el bien común" y estableciendo condiciones legales prudentes y justas.

La historia de la Iglesia muestra cómo, ante situaciones similares, los cristianos recurrieron a la oración colectiva como primer escudo espiritual. Las **bulas papales desde el siglo VIII al XI**, como las emitidas por san León III, Juan VIII o Benedicto VIII, llamaban a la oración del pueblo cuando las invasiones y tensiones ponían en peligro el orden cristiano en Europa. Incluso se convocaban procesiones y rogativas para pedir protección divina y claridad política.

Orar por unas fronteras controladas, por unas deportaciones justas y humanas, y por la conversión de todos los corazones involucrados no es contrario a la caridad cristiana, sino expresión de ella. Dios es orden, no confusión (cf. 1 Cor 14,33). Y por eso, el cristiano debe pedir que se dé un **orden justo también en la circulación de personas**, especialmente cuando existen riesgos para la fe, la seguridad o la identidad de los pueblos.

Santo Tomás también enseña que la oración debe ser **insistente** (*Summa Theologiae*, II-II, q. 83, a. 15), y que "cuanto más se reza, más se dispone el alma a recibir la gracia que se pide". El Señor mismo nos enseñó a orar "siempre sin desanimarse" (Lc 18,1). Por eso, es vital que **no se ore una sola vez, sino muchas**. Cuantos más sean los que recen con intención pura, tanto más puede Dios disponer el corazón de los gobernantes, los ciudadanos y también de los inmigrantes, para que se dé un orden verdadero, y no un desorden que dañe a todos.

Los Padres de la Iglesia insistieron en que **Dios actúa en la historia** a través de la oración del pueblo fiel. Como dijo san Gregorio Magno: *"La oración del justo es el cimiento de las decisiones del cielo"*. Por eso, la esperanza cristiana nos impulsa a no mirar los desafíos sociales solo con ojos humanos, sino con fe: **"Dios proveerá" (Gn 22,8)**. No sabemos cómo ni cuándo, pero sabemos que lo hará si lo buscamos con confianza, humildad y perseverancia.

Que esta intención por una inmigración ordenada y justa, iluminada por la caridad y guiada por la razón y la fe, sea parte de nuestro Rosario diario, de nuestras Misas y vigilias, de nuestros corazones y de nuestras decisiones.

Luis Gonzaga Palomar Morán - www.consanpelayo.com